

LUIS MONDINO

(1867-1957)

Dr. Alfredo Pernin

Allá por el noventa y dos, en una fonda de la ciudad vieja, se ha desocupado una habitación y blanqueado sus paredes. Dos mesas grandes constituyen el único mobiliario; sobre una de ellas, en una cubeta de fotografía, están los instrumentos; en una palangana las compresas; en la otra se encuentra acostada la paciente; un vaporizador de Lucas Championière llena el ambiente de un 'spray' de ácido fénico. Rodean la improvisada mesa de operaciones varios médicos, dos de ellos operan: el doctor Federico Velazco y el estudiante de medicina Luis Mondino. Velazco practica la incisión, introduce su mano en el abdomen, explora muy sumariamente y dice a su ayudante: "Italiano, echale una capelladita"; un cirujano había nacido y recibido el espaldarazo.

Opino que el perfil biográfico de esa figura señera de nuestra cirugía, del Profesor Luis Mondino, no puede trazarse siguiendo los cánones preceptivos de este género literario. A aquel archivo clínico viviente, como le llamara Alfonso Lamas, corresponde una crónica anecdótica, que la pluma del afecto escriba con la tinta de la amistad.

Nació Luis Mondino en Montevideo, en una casa de la Calle Agraciada (hoy Universidad de Mujeres), donde su padre José Mondino tenía un Molino; era un genovés muy adicto al famoso método curativo de Raspail; cuando su hija mayor sufriera una importante herida en su mano izquierda, con una máquina de hacer fideos, la curó con alcohol alcanforado; el resultado fue excelente; la conoció en su vejez y la escuché, ejecutando con maestría a Chopin y a Dalmiro Costa. Otro hermano de Luis, siguió con el local de la Calle Agraciada, donde instaló una fábrica de bolsas de arpillera, que funcionó hasta muy entrado este siglo.

Luis Mondino se educó, en el Colegio Internacional que fundara y dirigiera el maestro Josué Bordoní, y en el Colegio Pio. De su paso por el primero conservó, toda su vida, un capaz conocimiento del idioma inglés, que le permitió leer obras de Lord Moynihan, las publicaciones de la Mayo Clínica y los números del National Geographic, del que era suscriptor.



Dr. Luis Mondino, 1900.

Hizo su bachillerato en la vieja Universidad sita en la Casa de los Ejercicios, en Sarandí y Maciel, continuando allí mismo la carrera de Medicina. Fueron sus maestros: en Anatomía el Prof. José M. Caraffi y el disector Blier. Nereo Iturriaga; en Bacteriología a su compañero Juan B.

Morelli; en Química, Scoseria; y en Clínica Quirúrgica, al Prof. José Pugnalin y su Jefe de Clínica José Samarán.

Obtuvo el cargo de alumno interno de la Clínica Quirúrgica en 1893, y sostuvo su Tesis "*La desinfección quirúrgica-antiseptia y asepsia en cirugía*", recibiendo el título de Médico Cirujano en 1894. Constituye esa tesis un clásico de la Medicina Uruguaya; en ella, por primera vez en nuestra literatura médica, la revolucionaria conquista de Pasteur y Lister, se consigna en detalle. En una frase de la introducción, que cobra dimensiones singulares si la referimos a la fecha de publicación (1894), dice el Dr. Mondino: "*El método que preconizo es, mucha antiseptia antes del acto operatorio, mucha asepsia durante él*".

Después de recibido operaba en la Sala Maciel, a cargo del Prof. Pugnalin; en las salas Mateo Vidal y Santa Filomena, con los Dres. Luis P. Bottaro y Luis Lenguas; y en la Sala San Luis donde enseñaba Clínica de Niños el Prof. Luis Morquio.

En 1896 se creó la Segunda Clínica Quirúrgica, para regentar la cual fue designado el Profesor Alfonso Lamas; este nombró a Mondino su Jefe de Clínica, cargo que ocupó hasta su nombramiento como Profesor Adjunto de Clínica Quirúrgica, en la segunda década de este siglo.

La 2da. Clínica funcionó en la Sala Jacinto Vera, que era un anexo para crónicos de la Sala Francisco Cabrera; esos crónicos, en su mayoría portadores de lesiones de tuberculosis ósea, eran atendidos por el Dr. Cebrian mientras la Sala Cabrera (Cirugía de hombres) la dirigía el Dr. Fleury.

En 1940, debido al alejamiento temporario del Prof. Lamas que se incorporó a la Revolución, la Clínica quedó a cargo del Prof. Mondino y pasó a su localización definitiva en las Salas Maciel y Artigas; el Dr. Pugnalin se había retirado regresando a Europa.

Trascribiré a continuación algunos párrafos de un artículo inédito de Mondino: "A fines de 1896, el Prof. Lamas, me propuso establecer un Sanatorio, para evitar la necesidad de operar en fondas y casas de familia, con grandes inconvenientes para poder hacerlo en las debidas condiciones; interrumpido el proyecto por la revolución del 97 y luego por mi enfermedad, que me obligó a pasar la mayor parte del año 1898 en Santa Lucía, lo establecimos a fines de ese año en una casa quinta de la calle Hocquart, con cinco piezas destinadas a los enfermos. Allí empezamos los trabajos con un material rudimentario, una mesa de exámenes adaptada como mesa de operaciones, una estufa de Poupinel, la copa de una galerita redonda como máscara para el éter. Dos años después arrendamos una casa más amplia en la Calle Durazno, donde estuvimos hasta 1906. Mientras tanto, y adquirido un cuarto de manzana en las Tres Cruces (camino 8 de octubre), se edificaba el Sanatorio, que fue el primero construido expresamente para ese fin".

Siendo alumno de segundo año, en 1890, inició el primer Laboratorio Fotográfico de la Facultad de Medicina, que posteriormente dirigieran el Dr. Augusto Turenne, el Sr. Amadeo Ayerbe, y que se trasformó en Sección Fototécnica bajo la jefatura del Dr. Velazco Lombardini. En aquel primitivo Laboratorio, Mondino obtuvo las primeras microfotografías empleando placas al colodión húmedo. Posteriormente, una vez que se dispuso de emulsiones al gelatino bromuro de plata (de la fantástica sensibilidad de unos 6 grados A.S.A.) se interesó por la fotografía



1950: Entrega Biblioteca del Dr. Luis Mondino a la Sociedad de Cirugía. Sentados de izq. a der. Abel Chifflet; Carlos Stajano; Luis Mondino; Arturo Lussich, Fernando Etchegorry. De pie, izq. a der. Máximo Karlen; Rafael García Capurro; Juan Eduardo Cendan; Juan Carlos López Gutiérrez, Alfredo Pernin; Barragán; Secr. Soc. Cir.

instantánea, que divulgara en Francia el Prof. Marey, con sus trabajos sobre la fisiología de la locomoción.

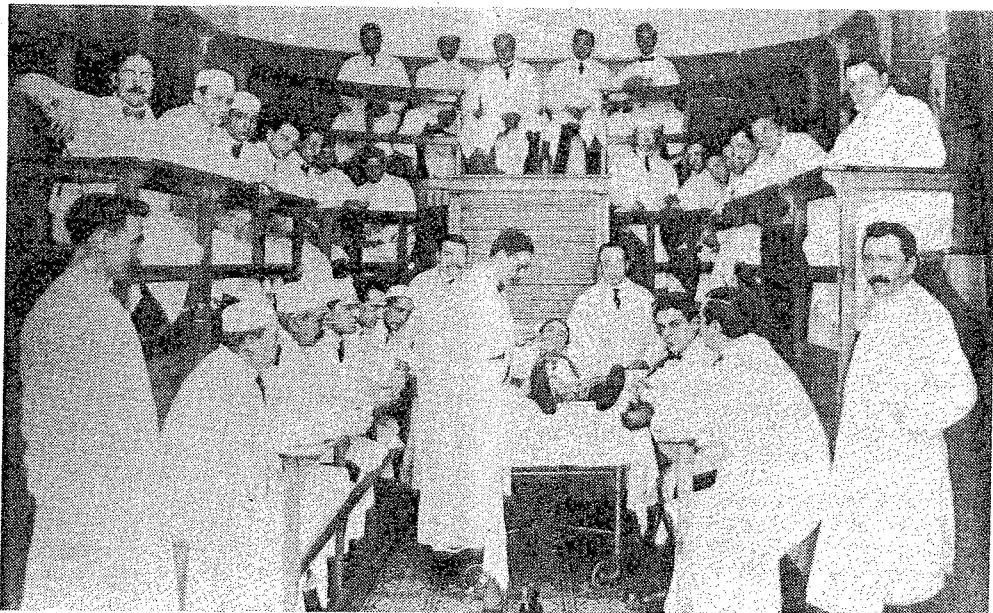
Había ingresado en 1886 a la Sociedad Fotográfica de Aficionados, y fue uno de los fundadores de Foto Club de Montevideo, en 1901, y luego del actual Foto Club Uruguayo. Datan de los primeros años de este siglo, su interesantísima colección de diapositivos de las Corridas de Toros, cuya colección conservan los archivos del Foto Club. Utilizó también con asiduidad la fotografía para documentar episodios y escenas de la vida en nuestra bahía y en el puerto; hermosas marinas e instantáneas de regatas figuraron en varias exposiciones. En los últimos años, si bien había dejado la práctica fotográfica, se interesaba por los progresos de la fotografía y cinematografía, a través de la lectura de revistas técnicas.

Durante la contienda civil y militar de 1904, integró varias comisiones de socorro de la Junta Central de Auxilio, que presidía el Dr. Pedro Figari; relatar anécdotas de esas "expediciones", como así las llamaba nuestro biografiado llenaría páginas y páginas; de muchas que le oí contar eligió una por su peculiar característica, que pautó una época de la cirugía de guerra, en campaña en ese entonces.

Los cuentos, o mejor dicho los sucedidos que Mondino relataba hubieran requerido una grabación, que no existía aún. El Giyo, como le decían sus amigos íntimos, intercalaba en descripciones de casos clínicos e intervenciones, colaterales datos de índole geográfica, cinegética y pintorescas acotaciones que, su prodigiosa memoria rescataba del pasado y presentaba como si estuvieran ocurriendo en ese preciso momento. Dejémosle la palabra: "Unos días después de Masoller íbamos recorriendo ranchos a lo largo del camino hacia Casupá; en casi todos

ellos se habían recogido heridos que, bien que mal, eran atendidos. En una casa de material, sobre el camino real, en la pieza del frente, tenían sentado en un sillón de hamaca un teniente del ejército, su asistente y una de las hijas de la familia; le daban agua y caldo con una cuchara. Esta muy pálido y febril, había recibido un disparo en el hipocondrio derecho; el poncho ensangrentado estaba metido hacia dentro de la herida. Recorté el poncho, no me animé a sacar el pedazo hundido. Se hubiera producido una hemorragia incontenible; debía haber una herida del hígado." Seguimos viaje; de vuelta, cinco o seis días después, volvimos a pasar por la casa. El herido seguía sentado en el sillón, bien apoyado por almohadas; estaba evidentemente mejor, pulso bien golpeado, poca fiebre. Con agua hervida y agua oxigenada fui tirando del trozo de poncho; era como un taponamiento a la Mikulicz. La bayeta fue saliendo junto con una serosidad sanguinolenta; en el fondo estaba la bala. Era una bala de plomo del Winchester 44, de 11 mm. Con esas armas descuidadas, sucias, con el caño casi sin el rayado, tirando de lejos, la bala va dando vueltas haciendo un ruido como la perdiz (bruu, bruu); no puedo imitar la onomatopeya que acompañaba la descripción, mientras con el dedo de su mano de dorso velludo iba trazando una sinusoide; parecía verse la bala hasta llegar a su impacto. Le puse una mecha iodoformada y después, Ramos Suárez, fue recogiendo heridos y arrimándolos a Nico Pérez". El nombre del oficial de marras, que Mondino no omitió, era Rufino T. Domínguez. la evolución posterior debió ser excelente, pues llegó al generalato.

Un dicho frecuente en el lenguaje Mondiniano, refiriéndose a enfermo con peritonitis terminales, o infecciones incontrolables en estado de shock, era "tiene cara de venteveo", con una connotación de gravedad extrema.



Anfiteatro Maciel. Clínica de Lamas, 1920. Sentados a izq. Dres. Lamas y Mondino; de pie al fondo Domingo Prat y Pedro Demaestri; de pie a la derecha enfermero Joaquín; examina el enfermo el bachiller Rubino.

Y ahora otro; se presentaba una paciente, en el anfiteatro de la Sala Maciel, portadora de un gran tumor abdominal. Mondino dijo: "Te acordás Alfonso (el Prof. Lamas), operamos una igual, la señora de Brocqua y Scholberg". Aclaremos que se refería a la esposa del dueño de la conocida armería de la Calle Sarandí; el otro apellidado citado era de la socia de la firma, la Sta. Scholberg, una belga, cuya familia tenía una fábrica de escopetas y municiones en Amberes.

Pongamos punto final a estas remembranzas; Mondino había ideado y construido el mismo una bomba de aspiración, para evacuar los quistes hidáticos del hígado durante las intervenciones; explicaba las ventajas del dispositivo que evitaba el derramamiento del contenido del quiste, y daba detalles de la fabricación de la bomba. Creo firmemente que precedió al luego famoso aparato de Finochietto. En la oportunidad de una fiesta de la primavera, en un teatro de Montevideo, una troupe estudiantil incluyó entre los "Sketches" una imitación del Prof. Mondino; lo personificó, en forma realmente convincente, el entonces estudiante Bartolomé Vignale, que posteriormente sucedió a Brito Foresti en la Cátedra de Dermatología. Bastantes años después, en un almuerzo en el Hotel de la Barra de Santa Lucía, estando presente quien suscribe, y siendo comensales entre otros los profesores Mondino y Vignale, se le pidió a este último que repitiera la imitación. Esta resultó como si se oyera al propio Giyo. "La *pumpa eléctrica*, la fui haciendo en la quinta del camino Larrañaga, y la traje después al Sanatorio".

En 1920 llegó a Montevideo el doctor William Mayo, cumpliendo una gira propiciada por el American College of Surgeons, que abarcó varios países de Sud América. En la recepción, que los cirujanos uruguayos brindaron al ilustre huésped, en el Parque Hotel, se vio a los Dres. Mayo y Mondino, en un aparte, entablando animada conversación; como alguien preguntara a Mondino qué habían estado tratando, contestó simplemente: "Hablabamos de las ventajas del Ford Modelo T para los caminos de tierra".

➤ Fue Socio Fundador de la Sociedad de Cirugía del Uruguay, institución a la que donó su biblioteca. Dejó numerosos discípulos e innumerables amigos; no existe sala de operaciones en la República donde no se recuerden, directa o indirectamente sus enseñanzas.

Fue un hombre esencialmente bueno, de honrada conciencia y afectuoso corazón. Su enciclopédica sabiduría, que lo mismo versaba sobre medicina que cirugía, cinegética o regatas, historia o geografía, fotografía o música, se dejaba adivinar en sus relatos, consejos e informaciones, que hacían de su conversación una experiencia deleitosa, siempre bajo el signo de la modestia más expontánea.

Falleció a los 90 años, en una vejez lúcida y patriarcal, el 19 de enero de 1957. Al recordar su memoria no puedo menos de considerar un preciado privilegio el haber disfrutado de la amistad de tan insigne y sana personalidad.